

Los cinco libros

Maite PÉREZ LARUMBE*



El título en su sencillez es inquietante. Los cinco libros. Parece Borges y eso basta para ponerse algo nerviosos.

Las doce tribus, los tres mosqueteros, los cinco libros. Los exactamente cinco libros, los concretos y determinados cinco.

Aquellos que desde el principio se fijaron y cuando, cerrados los círculos, vencido todo plazo, sean enumerados, uno tras otro y en el orden correcto, se constituirán en clave, cifra, pieza que faltaba, plano del laberinto. El héroe, heroína en este caso, superada la prueba, se poseerá a sí misma, que no es poco y alcanzará conocimiento, el mundo le desvelará sus leyes. ¿Quién podrá pronunciar los cinco títulos con la inconsciencia del iluminado, del que se sabe

65

traspasado por una voluntad ajena y superior, con la despreocupada seguridad del médium?

Existen, de algún modo, los cinco libros correctos, porque alguien juzgará nuestra elección y ese alguien también nos pondrá un adjetivo o nos dará un salvoconducto o no se dignará mirarnos a la cara por delito de lesa literatura. Tal vez haya una posibilidad de acertar. Infinitos se dibujan los caminos del error. Los cinco libros. La huella que una mano grabó en piedra esperando otra quintuple presión que abra, definitivamente, las puertas del más exquisito de los conocimientos, la quintaesencia de las delicias. No es una cuestión inocente o sin consecuencias.

La primera vez que vi una biblioteca *comme il faut*, con sus armarios de madera hechos a medida, sus ficheros, su silencio, su bibliotecaria con las manos secas (el trato con papeles seca las manos) se me detuvo el aire en el pecho, una ligera apnea, y, mentalmente, mientras me sobreponía a la dicha intensa y abundante, trataba de calcular el

* Licenciada en Geografía e Historia. Es autora de los libros de poemas *El nombre que me diste* (Premio Antonio Oliver, 1991) y *Mi nombre verdadero*. Su poesía ha sido recogida en numerosas antologías.

tiempo que tardaría en devorar todo lo que allí se guardaba. Con el paso de los años me sigue costando separar del placer de la lectura este otro más primario y grosero de tener, poseer, acaparar. Ese punto de perversión tan necesaria.

Recapitulando, me vence la inquietud que genera toda elección y pongo por delante mi incapacidad constitucional para tal empresa.

Por eso y confiando en que el lector es sabio y sobre todo libre por naturaleza creo escasamente en las posturas intervencionistas y sólo me atrevo a sugerir que se mime con ternura de clueca la sección infantil desoyendo a cuanto experto pedagogo dictamine y escuchando a los usuarios, pues así como el niño, y la niña, a quienes de mayores exigiremos un paladar variado y atrevido, ingieren leche, elementales hortalizas, cereales e insípidos pollitos y pescados cuando son sus mayores quienes los alimentan y comida basura en cuanto pueden ejercitar su capacidad de elección, y ambos momentos son igualmente necesarios pues constituyen la tesis y la antítesis que propiciarán (cruzan los dedos) una superadora síntesis, esto es, la educación del gusto, así creo que una biblioteca pública, madre y maestra, pero también y con más futuro compañera de aventuras, farras y pesquisas, ha de elegir para esta primera etapa de la vida lectora una de cal y otra de arena, libros lo suficientemente nutritivos y publicaciones con gas y colorines, de mucho efecto y poca vitamina, es ley de vida: las lacrimógenas Genoveva de Brabante, Fabiola y Corazón, y los Cinco, los Hollister y toneladas de pastel de frambuesa, cerveza de jengibre y crema de arándanos que les eran anglosajonamente sustanciales fueron mis chucherías. Pero también he leído cuanto folleto o reverso de frasco caía en mi mano. A leer se aprende leyendo. Elijan ustedes, pero no conozco ningún lector que de niño empezara por Joyce.

66

Entre Salgari, Scott, Verne, Swift, Daudet, los Dumas y el gran Stevenson (en los primeros setenta eran lecturas de chicos, no de chicas) no puedo elegir, les debo suficiente material imaginativo para sobrellevar mañanas y mañanas de paseo por el monte (yo hubiera querido ser Dick Shelton pero hay muchos más libros que La flecha negra), la ironía y un detalle fetichista: las botas de montar (algún día me compraré unas en memoria de todos ellos). Leí María, de Jorge Isaacs, que luego no he podido releer y me conmovió, lo mismo que el triste hogar de los Volkonsky, que recreo como si hubiera tocado sus paredes.

De Bécquer salté a Salinas a quien venero porque no se puede ser tan apasionado en continente más sobrio y más pulido, Es pura contención que sigue amenazando desbordarse y esa amenaza se llama poesía. Y Vallejo, duro, entrañable, tan radiante, tan lúcido, Celan, que pudo escribir versos después de Auschwitz:

“La eternidad envejece: en
Cerveteri los
asfódelos
se preguntan en blanco mutuamente.”

Y quedarse callados, en el silencio que provoca gente tan dispar como Catulo, San Juan de la Cruz, Quevedo, Isaías, Gil de Biedma, Otero, mis amigos poetas.

Busco una salida fácil convirtiendo la biblioteca en isla desierta pero al final complica mucho más las cosas.

¿Llevaré libros ya leídos y gustados? ¿No reservaría ninguna novedad, ninguna sorpresa? ¿Cuál sería el criterio de elección, los libros elogiados por la crítica? ¿Los que me han hecho descuidar deberes? ¿Adoptaré una actitud culpabilizada y decidiré que debo incluir todos aquellos que no pude, ya no acabar, sino apenas iniciar porque aunque busqué siquiera un clavo ardiendo para sujetarme a su lectura no lo hallé encontrándolo totalmente ajeno a mis intereses e incluso a la mayor de mis generosidades? Confío en que algún bibliotecario compasivo salve, por ejemplo, a Malcolm Lowry, con quien tan poco pude, entre otros.

¿Es lícito y ético pedirme que condene a las tinieblas exteriores a libros que forman parte de mi biografía con más intensidad que muchos parientes?

El caballero Tristram Shandy, El caballero inexistente y El caballero de la Triste Figura, El barón rampante, El Conde Niño, Cándido, Todo modo, El archivo de Egipto, Rayuela, los fascinantes cuentos de Cortázar, Cumbres borrascosas y Jane Eyre, La Cartuja de Parma, Las almas muertas, Guerra y paz, Crimen y castigo, Bomarzo, Lázaro de Tormes, El Buscón, La Celestina, Julius, Martín Romaña, Maigret de cualquier forma, Carvallo, Sostiene Pereira, todo Monterroso, todo Rulfo, Auster, Kafka, Bohumil Hrabal, Atxaga, la Duras, la Yourcenar, la Lessing, la Maraini, estupendísima Highsmith, Poe, Borges, Landero, Saramago, Roald Dahl, para niños y no tan niños y tantos otros que esperan mi regreso y muchos más a los que aún no he llegado. No he podido elegir. ¿Es necesario?